

Cesáreo Rodríguez-Aguilera: «La obra escultórica de Subirachs». Catàleg de l'exposició: *Subirachs. Sevilla '92*. Banc Sabadell, Barcelona, 1992

Poco más de veinte años tenía José M^a Subirachs (nacido en Barcelona en 1927) cuando realizó la primera exposición de su obra. Su estancia en París (1951) y su posterior residencia en Bélgica (1954-1956) contribuyeron poderosamente a su formación profesional y al conocimiento de las artes plásticas de nuestra historia y de nuestra contemporaneidad. El aprendizaje primero –duro y atento- lo había realizado en los talleres de los escultores Monjo y Casanovas. En aquellos comienzos de la segunda mitad de nuestro siglo el espectáculo más inquietante para un joven creador lo constituía la modernidad artística y su pluralismo, en el que aún cabían nuevos capítulos. En la búsqueda de su propia personalidad, los primeros pasos de la formación noucentista o neoclasicista de Subirachs dejaron lugar a un expresionismo que el artista ofreció, con variadas obras de excelente acogida, en los primeros Salones de Octubre barceloneses. Bien pronto comenzarían sus realizaciones abstractas, una de las cuales fue la primera de esta naturaleza que se colocó al aire libre en las calles de Barcelona (1957). Años más tarde llegarían a quince, trece más en el resto de Cataluña, cinco en el resto de España, y otras en Suiza, México, Estados Unidos, Andorra, Bélgica y Corea (2). Su obra siguió un proceso de enriquecimiento con nuevas ideas y aportaciones. Materiales diversos, collages, símbolos, reivindicación del pasado, oferta de futuro, mundo interior y mundo exterior, contraposiciones de signos... como dijera Alberto Sartoris, la obra de Subirachs llega a constituir «una síntesis de los movimientos artísticos actuales, de modo completo y armónico».

Este equilibrio y esta unidad dentro de la diversidad sobrepasa su propio lenguaje escultórico, ya que en Subirachs hay también un pintor, que en ocasiones le lleva a realizar su objeto plástico en dos partes armónicas de pintura y escultura. De igual modo, Subirachs dibuja y realiza obra gráfica con habitualidad y con el rigor propio de su escultura, aunque éste, el escultórico, sea su lenguaje básico. Hay también en su vida y en su conducta un afán humanista de análisis de las cosas del mundo de las ideas y del mundo exterior, que en ocasiones le lleva a la expresión escrita, en temas polémicos.

Con ocasión del fallecimiento de Dalí, Subirachs le dedica, en la revista «Serra d'Or» (marzo de 1989), un texto sentido y audaz, en el que pide que tal hecho luctuoso sirva para que en nuestro país no se le regatee más su extraordinaria personalidad y su brillante imaginación.

El escultor advierte que no toda la producción del pintor de Figueras está plenamente lograda, que las caídas son numerosas y profundas, debidas precisamente a su osadía; pero cuando el misterioso mecanismo de la creación

acierta, produce obras extraordinarias. Y como ejemplo cita dos de las obras dalinianas de mis preferencias: «La persistencia de la memoria» y «Premonición de la guerra civil». Por último, Subirachs atribuye a la obra de Dalí unos caracteres que, mutatis mutandis, pueden también atribuirse a la suya: revisión irónica del pasado, recuperación del tema, citas constantes, manierismo y composición escenográfica, un eclecticismo cínico y provocador y el esfuerzo constante para no caer en el aburrimiento.

Si estos caracteres pueden trasladarse a la posmodernidad es porque ya estaban en algunos de los precursores del período del que deriva. El pluralismo ideológico y la secularización de la vida social caminan paralelos con la diversidad de ideas y hallazgos de la modernidad artística.

Entre nosotros Subirachs es, en tal sentido, un ejemplo emblemático. Su rechazo a las razones de sus primeros maestros noucentistas deriva de su actitud no excluyente ante otras ideas hechas realidad: el modernismo, por ejemplo.

Gaudí, para Subirachs, puede ser el más alto exponente de la invención creativa, la fuerza escultórica y la construcción formal en el arte catalán. Todo ello para asumir un pasado y un presente en el que, como dijera Giralt-Miracle, sin sujetarse a la escolástica del momento, Subirachs descubre un campo lingüístico inédito, considerado paralelo a las obras y a las experiencias contemporáneas del escultor Henry Moore. La «idea artística» de Subirachs – sus propias obras- se enriquece, no obstante, desde muy distintos caminos, incluido el de un permanente diálogo o uso reiterado. Cuando se tienen ideas, decía Eugenio d'Ors, hay que insistir en ellas. A Subirachs no le ha atemorizado, antes al contrario, ha acogido con entusiasmo, el reto que supone incorporar su obra escultórica a la fachada de la Pasión de la Sagrada Familia, la monumental obra de Gaudí.

Junto a esta obra gigante, Subirachs sigue elaborando día a día, en la soledad de su taller más íntimo, la obra nueva que prolonga su ininterrumpido proceso creador; la idea que precisa o matiza otra anterior; la nueva llamada que pugna por concretarse en la forma o símbolo del lenguaje más hondo. Tras sus diversas estancias en Extremo Oriente, la obra de Subirachs depura sus antiguos signos. La tensión cede el paso a la serenidad. Algunas de sus obras más recientes, con la sobriedad de cierto tipo de jardín japonés, invitan a la meditación o al misticismo. Son los últimos hallazgos en una obra para espacios interiores, que no tardaran en incorporarse a su obra monumental de los espacios abiertos. El mundo de la creación de Subirachs continúa enriqueciéndose.